

pre cuando á grandes gastos corresponden pequeñas rentas: se consumen primero las economías y luego llega la bancarrota.

La humanidad civilizada se vió de improviso sorprendida por sus nuevos descubrimientos y sus nuevos progresos; no le quedó tiempo para adaptarse á la condiciones de vida nueva. Sabemos que nuestros órganos adquieren por el ejercicio una capacidad funcional cada vez más grande, que se desarrollan por su propia actividad y pueden responder á exigencias por decirlo así ilimitadas; sólo que á una condición: es que se haga esto poco á poco, que se les deje tiempo; si han de suministrar sin transición un múltiplo de la tarea ordinaria, no tardan en quedar completamente paralizados. No se ha dejado tiempo á nuestros padres; de un día al otro por decirlo así, sin preparación, con una instantaneidad mortífera, han tenido que cambiar la marcha cómodamente lenta de la existencia anterior por la carrera desenfrenada de la vida moderna, y ni su corazón ni sus pulmones pudieron resistir. Sólo los más fuertes pudieron seguir la carrera, y en la progresión más rápida no perdieron aliento; pero los menos vigorosos no tardaron en ir cayendo á derecha y á izquierda, y llenan hoy con sus cuerpos los fosos de la vida del progreso.

Hablando sin metáfora, la estadística indica en qué medida la suma de trabajo de la humanidad civilizada ha aumentado desde hace medio siglo; ésta última no era del todo capaz de soportar este esfuerzo más grande; le ha fatigado y agotado y este agotamiento y esta fatiga se manifiestan en la primera generación bajo forma de histeria adquirida; en la segunda, de histerismo hereditario.

Las nuevas escuelas estéticas y su éxito son una forma de histeria en masa; pero están lejos de ser la única. La enfermedad de la época se manifiesta todavía por muchos otros fenómenos que pueden ser medidos y contados, es decir que son susceptibles de ser consignados

científicamente; y estos síntomas ciertos y no equívocos de agotamiento son muy propios para ilustrar á los profanos que pudieran creer á primera vista que el especialista achaca arbitrariamente al estado de fatiga de la humanidad civilizada las tendencias á la moda en el arte y la literatura.

Ha llegado á ser un lugar común hablar del incremento constante de los crímenes, de la locura y de los suicidios. En 1840, en Prusia, de 100.000 personas en la edad de la responsabilidad criminal, había 714 condenados en justicia; en 1888, 1.102 (Comunicación epistolar de la Oficina de Estadística prusiana). En 1865, entre 10.000 europeos se producían 63 suicidios; en 1883, 109, y después el número ha aumentado todavía considerablemente. En los últimos veinte años, se ha descubierto y dado nombre á un cierto número de nuevas enfermedades nerviosas<sup>1</sup>; y no vaya á imaginarse que hayan existido siempre, pero que han pasado inadvertidas. Si hubieran hecho su aparición en alguna parte, no es dudoso que se las hubiera reconocido, puesto que aun cuando las teorías reinantes en medicina en las diversas épocas eran erróneas, ha habido siempre médicos perspicaces y atentos que han sabido observar; si pues no se advirtieron las nuevas enfermedades nerviosas, es que antes de ahora no se presentaban. Y son exclusivamente una consecuencia de las condiciones de existencia actuales de la humanidad civilizada; varias afecciones del sistema nervioso llevan ya una apelación que implica que son una consecuencia inmediata de influencias de la civilización moderna: los nombres de *railway-spine* (médula espinal—camino de hierro) y de *railway-brain* (cerebro—camino de hierro), que los patólogos ingleses y americanos han dado á ciertos estados de estos órganos, muestran que les reconocen por causa las conmociones

<sup>1</sup> V.—G. André, *Las nuevas enfermedades nerviosas*. París, 1892.

que el viajero experimenta perpetua ó accidentalmente en el vagón. El notable aumento del consumo de narcóticos y de estimulantes, que más arriba ha sido demostrado con cifras, tiene igualmente su origen incontestable en el agotamiento de los contemporáneos; hay en esto un desastroso círculo vicioso de acciones recíprocas: el que bebe (y verosímilmente también el que fuma), engendra hijos debilitados, hereditariamente fatigados ó degenerados, y éstos beben y fuman á su vez porque están fatigados, aspiran á una excitación, á un instante de ficticio sentimiento de vigor ó al sosiego de su excitabilidad dolorosa, y luego después, no pueden resistir contra su costumbre cuando han reconocido que ésta aumenta á la larga tanto su agotamiento como su excitabilidad <sup>1</sup>.

Numerosos observadores establecen que la generación actual envejece mucho más pronto que las generaciones anteriores. En su discurso de apertura del semestre de invierno del año 1891 en la Facultad de Medicina de la Universidad de Victoria, sir James Crichton-Browne patentiza este efecto del género de vida actual sobre los contemporáneos <sup>2</sup>. Desde 1859 á 1863 han muerto en Inglaterra de enfermedades del corazón, 92.181 personas; de 1884 á 88, han muerto 224.102. Las enfermedades nerviosas han arrebatado de 1864 al 68, 196.000 personas; de 1884 á 88, 260.558. La diferencia de cifras sería mucho más demostrativa aún, si sir James hubiera escogido, para compararlo con el presente, un período más lejano, puesto que en 1865 la alta presión bajo la cual trabajaban los ingleses era ya casi tan fuerte como en 1885. Los muertos que han causado las enfermedades del corazón y de los

<sup>1</sup> Legrain, *Op. cit.*, pág. 251: «Los bebedores son unos degenerados». Y pág. 258 (después de cuatro historias de enfermos que sirven de apoyo á esta observación que las resume): «Así pues, en la base de todas las formas del alcoholismo, encontramos la degeneración mental».

<sup>2</sup> *Revue scientifique*, año 1892, tomo 49, págs. 168 y siguientes.

nervios son las víctimas de la civilización; corazón y sistema nervioso son los primeros que se destrozan por el exceso de trabajo. Sir James añade en su discurso: «Hombres y mujeres envejecen antes de la edad normal; la vejez se anticipa en el vigor de la virilidad...; las muertes causadas únicamente por vejez se encuentran ahora ocurridas entre la edad de cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años...» M. Critchett (un eminente oculista) dice: «Mi propia experiencia, que abarca al presente un cuarto de siglo, me lleva á creer que hombres y mujeres acuden ahora al auxilio de las gafas en un período de su vida menos avanzado que en el que acostumbraban nuestros antepasados...; este término medio es ahora hacia los cuarenta y cinco años». Los dentistas atestiguan que los dientes se echan á perder y caen más pronto que antaño; el Dr. Lieving asegura que la calvicie precoz es «sobre todo propia de gentes de temperamento nervioso y de espíritu activo, pero de salud general débil». Basta con pasar en revista el círculo de los amigos de uno y de los conocidos, para advertir que comienzan á salir canas mucho antes que en otros tiempos; la mayor parte de los hombres y de las mujeres descubren hoy sus primeras canas al cumplir los treinta años y aún mucho más jóvenes: antaño las canas eran la compañía de los cincuenta años.

Todos los síntomas enumerados son consecuencias de estados de fatiga y de agotamiento, y éstos á su vez son el efecto de la civilización contemporánea, del vértigo y del torbellino de nuestra vida furiosa, del número prodigiosamente aumentado de sensaciones y de reacciones orgánicas, es decir de percepciones, de juicios y de impresiones motrices que se agolpan hoy en una unidad de tiempo dada. A esta causa general de los fenómenos patológicos contemporáneos, se añade además en Francia una causa especial; en virtud de las espantosas pérdidas de sangre que el cuerpo nacional francés había sufrido durante los veinte años de guerras napoleónicas, en vir-

tud de las violentas conmociones morales á las cuales había estado sometido en los días de la gran Revolución y durante la epopeya imperial, se encontró especialmente mal preparado para resistir el asalto de los grandes descubrimientos del siglo y fué por ellos más rudamente sacudido que los otros pueblos más robustos y más capaces de resistencia. Sobre este pueblo cuyos nervios estaban ya debilitados y predestinados á los trastornos morbosos, vino luego á caer la espantosa catástrofe de 1870; se había creído, con una satisfacción de sí mismo rayana casi en la locura de las grandezas, ser el primer pueblo del mundo y se vió de repente humillado y aplastado. Todas sus convicciones se hundieron bruscamente; cada uno de los franceses individualmente sufrió reveses de fortuna, perdió á individuos de su familia y se sintió personalmente herido en sus concepciones más preciadas, incluso acaso en su honor; el pueblo entero cayó en el estado de un hombre que un golpe aplastante del destino hiere de repente en sus bienes, su situación, su familia, su consideración, su estima de sí mismo; millares de seres perdieron la razón; llegó hasta observarse en París una verdadera epidemia de enfermedades mentales para designar las cuales se encontró un nombre especial: la locura obsidional; y aun aquellos que no perdieron directamente la razón, vieron su sistema nervioso alterarse de una manera duradera. Esto explica que en Francia la histeria y la neurastenia sean tan frecuentes y se manifiesten con formas tan variadas y que se haya podido estudiarlas en este país más exactamente que en ninguna otra parte; pero esto explica también que precisamente en Francia era donde debían tener origen las modas más delirantes en arte y en literatura, y que en ella precisamente se tuviera por primera vez suficientemente conciencia del agotamiento enfermizo de que hemos hablado, para buscar una palabra especial que lo designase y para encontrar la denominación de «fin de siglo».

Creo haber probado mi tesis. En el mundo civilizado reina incontestablemente una disposición de espíritu crepuscular que se expresa, entre otras cosas, por toda clase de modas estéticas extrañas. Todas estas nuevas tendencias, el realismo ó naturalismo, el decadentismo, el neomisticismo y sus subdivisiones, son manifestaciones de degeneración y de histeria, idénticas á los estigmas intelectuales de éstas clínicamente observados é incontestablemente establecidos; y la degeneración y la histeria por su parte son las consecuencias de un desgaste orgánico exagerado, sufrido por los pueblos á consecuencia del aumento gigantesco del trabajo que hay que suministrar y del notable crecimiento de las grandes ciudades.

Guiado por esta cadena sólidamente enclavada de las causas y de los efectos, cualquier hombre accesible á la lógica reconocerá que comete un craso error, al ver en las escuelas estéticas surgidas desde hace algunos años los porta-estandartes de un tiempo nuevo; no indican con el gesto el porvenir, sino que extienden la mano hacia el pasado; su palabra no es una profecía extática, sino el balbuceo y la chochez disparatados de enfermos de espíritu, y lo que los profanos toman como explosión de fuerza juvenil superabundante y turbulento deseo de procreación, no son de hecho sino los espasmos y las convulsiones del agotamiento.

No hay que dejarse deslumbrar por ciertas palabras á modo de consigna que con frecuencia se reproducen en las obras de estos se-dicentes innovadores. Hablan de socialismo, de emancipación intelectual, etc., y de este modo tienen las apariencias de estar penetrados de las ideas y tendencias del tiempo presente; pero esto no es más que vana apariencia. Las palabras á la moda están intercaladas aquí y allí en la obra sin tener en ella sus raíces, las tendencias de la época se manifiestan en ella solamente como un revoque exterior. Es un fenómeno observado en todo delirio, que recibe su coloración espe-

cial del grado de cultura del enfermo y de las ideas dominantes de la época en la cual vive: el católico, presa de la locura de las grandezas, se cree ser el papa; el judío, ser el Mesías; el alemán, el emperador ó un feld-mariscal; el francés, el presidente de la República. En la locura de la persecución, el enfermo acusaba en otros tiempos á la maldad y las artimañas de los brujos y hechiceros; hoy se queja de que sus enemigos imaginarios lanzan contra él corrientes eléctricas en sus nervios y le atormentan con el magnetismo. Los degenerados disparatan hoy sin ton ni son acerca del socialismo y del darwinismo porque estas palabras, y en el caso más favorable, también las ideas á que se refieren, les son familiares; las obras que se intitulan socialistas y librepensadoras de degenerados favorecen tan poco el desarrollo de la sociedad hacia formas económicas más equitativas y hacia modos de ver más razonables acerca del mecanismo del mundo, como las quejas y las descripciones de un individuo que padece delirio de persecución y hace responsable á la electricidad de sus sensaciones desagradables, contribuyen al conocimiento de esta fuerza. Esas obras confusas ó pedestremente charlatanescas, que tienen la pretensión de aportar soluciones á los graves problemas de nuestro tiempo ó cuando menos de prepararlas, hasta constituyen un obstáculo y una parada, porque trastornan las cabezas débiles ó incultas, les sugieren falsas ideas y las hacen más difícilmente accesibles ó aun cerradas por completo á enseñanzas racionales.

El lector se encuentra ahora ya colocado en los diversos puntos de vista desde donde puede contemplar las nuevas tendencias estéticas bajo su verdadera luz y su verdadera forma. Será la tarea de los libros siguientes demostrar el carácter patológico de cada una de estas tendencias é investigar con qué clase especial de delirios degenerativos ó de procesos psíquicos histéricos, dichas tendencias tienen parentesco ó están identificadas.

## LIBRO II

### EL MISTICISMO